

Emílio Vilaró



*El
descubrimiento
de Európa*

El descubrimiento de Europa

«Relato escrito usando el sistema de Literatura Modular»

Este relato es la suma de dos historias:

Regalo a destinatario desconocido

http://www.evilfoto.eu/pagina_cuentos/1028_regalo_a_destinatario_desconocido_tildado.pdf

Más

El indio que descubrió Europa

http://www.evilfoto.eu/pagina_cuentos/1211_el_indio_que_descubrio_europa.pdf

Los dos cuentos se han puesto en orden cronológico y se ha modificado la parte de quién encuentra el cóco que está al final del primer relato para dar consistencia y continuidad al conjunto.

Si deséa saber qué es ésto de la Literatura
Modulár puéde mirár éste ensáyo:

http://www.evifoto.eu/pagina_cuentos/1214_literatura_modular.pdf



Regalo a destinatario desconocido

Íri era una preciosa india Taíno a quien le gustaba dar y enviar regalos, desde hermosas flores, pequeñas tallas, o los mejores granos de maíz y cacao.

Los regalos los preparaba y arreglaba con tanto gusto, en pequeños recipientes de caña o mimbre, y con tanto cariño, que parecían ser el regalo para el mejor de los mortales.

Éstos presentes los enviaba a sus familiares o amigos, quienes al recibirlos, le devolvían otros o pasaban a visitarla para agradecerse los.

Tanta satisfacción le producían estas visitas, que amplió los regalos para que incluyesen a los amigos de los familiares, y a los familiares de los amigos. Para lograr esto, les pedía que si ya habían recibido uno, pasasen el regalo a otras personas sin abrirlo, las visitas ahora inesperadas y desconocidas, aumentaba el placer de la que los enviaba.

Éstos regalos llegaban tan y tan lejos, que los destinatarios a quienes siempre se les informaba que eran de un familiar lejano o de un amigo que se lo enviaba de parte de otro amigo con todo el cariño, quedaban tan sorprendidos y deleitados, que las respuestas, presentes y visitas se multiplicaron para el inmenso placer de Íri.

Sólo el explicar cómo habían averiguado quién les había enviado el regalo y quienes eran las diversas personas por cuyas manos habían pasado los regalos, ya era motivo de grandes risas y de largas explicaciones.

Un día se le ocurrió que como nunca recibía visitas de más allá del mar, y no teniendo a nadie que allí se los llevaría, preparó unos regalos muy especiales y los puso dentro de cocos, calabazas o recipientes muy cerrados para que no se mojasen.

Escogió las mejores especias, pequeñas esmeraldas en bruto, minúsculas pepitas de oro, que se encontraban en los ríos de tierras lejanas y sus queridas semillas de maní, maíz y de cacao.

Dibujaba en pequeñas hojas o en la misma cáscara o nuez, sus más altas montañas y las más bellas estrellas de su noche cerrada y los arrojaba al mar al iniciarse la marea baja.

Desé decía, que de tierras lejanas, más allá de este mar por donde sale el sol, me lleguen muchos amigos que compartan conmigo largas veladas.

El mejor de estos presentes lo arrojó justo a la puesta del sol, cuando el rayo verde se despedía de su mirada.

Que mis mejores deseos (rogaba), los lleven estos cocos, las mareas y el azar.

Y pasaron muchas olas, regalos y mareas...

* * *



El índio que descubrió Európa

Al despertár sóbre la pláya, vi que un hómbré vestído de téla blánca me estába dándo água.

Cuando recobré algo de mi energía y comprendí que al fin había llegado a algún sitio, me levanté y me púse a buscár por la aréna lo que hásta aquí con tánto caríño había cuidádo.

El hómbré que me había salvádo me siguió por la cósta y me indicó con su dédo, por si éso fuése —lo que yo estába buscándo— mi bóte hundído que estába léjos de la orílla. Miré hácia allí y seguí buscándo en la aréna.

Al ver mi inquietúd, se acercó a un árbol que había léjos de las ólas y de la pláya y me mostró el cóco que yo había traído. Lo cogí con preocupación péro comprendí que no había sido abiérto y que náda faltába.

Tratámos de comunicárnos péro nos fué imposible.

Me cubrió con su cápa e hizo que le acompañára.

Se acercó a úna chóza de pescadór no muy léjos de la orílla que debía usár pára sus labóres de pésca.

Me hizo entrár en la cabáña y me hechó sóbre únas rédes que preparó como cáma.

Al írse, después de intentár úna vez más comunicárse conmígo, echó úna última miráda al cóco: al ver mi intranquilidád sonrió y se fué no sin ántes dejár algo de comér y de água.

El pescadór cáda mañána cuando se acercába a la chóza a hacér su ofício, me traía algún prodúcto pára acompañár lo que después de

pescár me dejába, pan en especiál, huévos y algúna vez cárne.

Los esfuérzos que hacía pára que yo me recuperára, los realizába con múcho caríño y además prestándo múcha atención a que yo aprendiéra algúnas palábras en su léngua.

La priméra palábrea que aprendí fué la de «africano», cáda vez que se acercába a la chóza, me llamába así y prónto comprendí sin saber lo qué quería decír, que ése pára él éra mi nómbre, si bién yo no intenté decírle cuál éra en realidad el mío.

Prónto aprendí ótras palábras como cóco, muy evidénte, ya que éra mi única propiedad y que al contráριο del primér día núnca volvió a mostrár múcho interés en él.

Noté que las palábras que más le interesába que yo aprendiése éran las relacionádas con el mar.

Póco a póco me fué gustándo ésta persóna y un día salté a su bárca y le acompañé en su trabájo al que bién prónto le cogí el gústo y ciérta habilidád. Mi bóte ya había desaparecido por úna de las tántas torméntas ocurridas hacía póco.

Un día le enseñé a arponeár los péces désde el bóte, éso le entusiásmo múcho y trató de igualárme con póco resultádo, si bién téngo que reconocér que su trabájo usádo los anzuélos y las rédes éra múcho más productívo que el mío.

Úna vez tardó bastánte en venír, si bién por los géstos especiáles que me hizo ántes de partír, comprendí que algo diferente ocurriría, sóbre tódo al ver que me dejába más comída de la habituál. Y sí, en efécto cuando volvió, vários días después, víno con un hómbré de pélo bláncó y chaquéta rója.

Su acompañánte me observó con múcho cuidádo y prestába múcha atención cuando yo hablába y aún más, cuando por indicación de mi amígo les hablába en mi léngua.

Se fué muy conténto y me dejó úna bólsa con algúna vestiméнта y algo de úna deliciósa comída.

El hómbré de rójo volvió várias véces a ver mis progrésos, algúnas véces acompañádo por persónas muy diferentes en lo físíco a las que yo estába habituádo, algúnos de éellos éran de colór muy négro y ótros con los ójos muy rasgádos.

El proceso siempre era el mismo, me invitaba a hablar en mi lengua, y contra el enfado de las personas que traía que no lograban entenderme ni yo entenderlos, él reía como si el que no nos entendiésemos fuese algo positivo.

Una de las veces que vino, pude apreciar que al ir a entregarle algo de dinero a mi amigo el pescador que se llamaba Carlos, lo rechazó y le enseñó la cantidad de pescado que habíamos cogido esa mañana, como indicando que con ello yo me ganaba muy bien mi sustento.

Yo pensaba que los progresos que hacía en su lengua eran para mí, muy importantes, pero creo que también lo eran para él, ya que se ponía muy nervioso cuando veía que a pesar de mis intentos no podíamos comunicarnos. Lo más difícil ya no era la comunicación, es que yo no comprendía qué era lo que él deseaba de mí.

Lo que estaba claro era que él quería que continuase aprendiendo su lengua, a Carlos le iba bien, y a mí mejor, ya que si deseaba regresar, sólo lo lograría si podía hacerme entender.

Un día vino sin acompañantes y me pidió que hablara y que repitiera la misma frase varias veces

en mi léngua, sacó úna libréta de su bolsillo y escribió algo en élla. Después, pára mi inménsa sorprésa repitió cási a la perfección lo que yo había dicho, le corregí algunas fráses que no pronunciába bién y al repetírlas, lo hacía mejór que ántes. Pensé que había decidído: no que yo aprendiése su léngua, síno que él aprendiése la mía. Péro no éra éso, cuando túvo un centenár de fráses de los témas más variádos en su líbro, se fué y no lo volvimos a ver en vários méses.

La ternúra de Cárlos, mi própio sentimiénto de seguridád al poder realizár el ofício que él hacía y úna mejóra importánte en nuéstra comunicación, hacía que mi vída transcurriése muy tranquila y en verdád me estába gustándo estár donde estába.

Con él, cási no necesitába hablár pára comunicárnos, nos entendíamos muy bién, múcho mejór que cuando yo con ilusión tratába de hablár con la génte que paseába por la pláya y que cási núnca me entendían.

Un día que hicimos úna muy buena péscá, Cárlos fué al puéblo y me trájo un póco de rópa, me la hizo ponér, le ayudé a cargár lo pescádo y quiso que le acompañára.

Al póco tiémpo de camíno, púde ver con claridád lo que désde el montícúlo más áltó de la pláya yo podía divisár péro muy a lo léjos, el sítio désde donde él venía cáda mañána. Y así puéde ver también lo que hacía ése ruído que a la misma hóra sonába cáda día, algo metálico colgádo del púnto más áltó de la pláza.

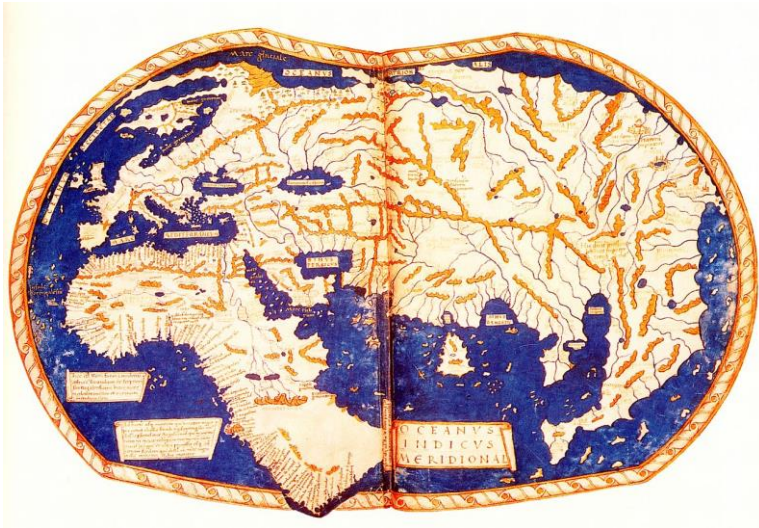
Debían ser únas dosciéntas cásas, la génte me mirába péro ya no con tánta sorprésa como los priméros días cuando me veían por la pláya, ya que ahóra múchos de éellos me habían vísto ayudándo a Cárlos. Algúnos me saludában y me llamában africáno, y yo les sonreía.

Me presentó a su espósa y a su híja, que me recibieron con muéstras de afécto y caríño, si bién no entenderé la cáusa de no venir a ver a Cárlos en la pláya cuando había múcho trabájo.

Compréndo que pára úna persóna como yo, que núnca había vísto tódo lo que estába viéndo por priméra vez, debería relatár tódo ésto con muéstras de extrañéza, sorprésa, incredulidád, horrór, sústo, miédo... y fué así, péro ésto lo estóy escribiéndo múchos años después, cuando ya estóy acostubrádo a tódo éello, y en el peór

momento de mi vida, cuando veo tres carabelas alejándose en el mar y sin mí.

La hija de mi amigo me llevó a una construcción en donde varios jóvenes de su misma edad nos estaban esperando, entramos y en una de las habitaciones y pegado a la pared me enseñaron un dibujo.



África, repitieron varias veces... africano, África.

Con sus manos cubrían una parte del dibujo repitiendo África, africano y me apuntaban a mí.

Luégo marcában algo un póco más arríba y decían Castilla, Castilla y se señalában.

Entendí por la preparación de la visita, que éso éra muy importante pára ellos, y yo no comprendía de qué se tratába, pensé que lo grande éra algo con lo que ellos me relacionában y lo pequeño éra con lo que ellos se relacionában.

No quise que ése momento de interés no fuése correspondido y con mis manos recorrí póco a póco el dibújo como ellos lo habían hécho, me paré en úna íslas, en donde no había náda dibujádo y dije África, yo africáno... Gritáron de alegría, continué y tóque el púnto que ellos también habían marcádo, Castilla dije... y se abrazáron me tomáron de la máno y me paseáron por tódo el púeblo exclamádo con alegría, "Sí, es africáno".

En el púeblo, la génte con la que nos topábamos me preguntába, cómo te llámas: mi jóven amíga la priméa vez respondiÓ por mí, péro luégo ya lo hacía yo, africáno.

* * *

La siguiénte vez que el hÓmbre vestído rójo víno a visitárnos, le híce la preguntá.

— ¿Cómo te llámas?

—Colón... y sonrió, véo que estás mejorándo múcho en nuéstra léngua.

—Sí, Cárlos me ayúda múcho y es muy amáble.

—Cárlos es úna gran persóna y un gran amígo.

Habrás notádo que véngo sin acompañánte: de los que te hacían tántas preguntás, recordarás también que escribí lo que tú me decías.

Pués lo híce pára no tenér que traér génte de tóda África y del múndo pára que pudiése hablár contigo y así sabér de dónde éres, he estádo hablándo con más génte de tódo el continénte africáno, repitiéndoles tus fráses y nádie ha sabído entendér ni úna de tus palábras. Y los pócós de Asia que he podído encontrár tampóco. Nádie entiénde tu idióma.

—Lo siénto. Parece ser que ésto es muy importánte pára ti, y yo te he defraudádo.

No, al contrário, ahóra estóy segúro que no éres africáno, péro mejór que no se lo dígas a

nádie, podrías tener problémas, y te enviarían léjos de aquí.

No sé si podrás contestárme a éstas tres preguntás, ¿sábés de dónde éres, habías visto persónas como nosotros y por qué viniste aquí?

No sé de dónde véne, mi tierra es úna isla, la génte, los animáles y la comída son muy diferentes de los de aquí.

Núnca habíamos oído hablár de vosotros, ni sabíamos que nádie viviése más allá del mar por donde náce el sol.

Véne aquí por amór, estóy enamorado de úna mujér, que siémpre que puédo visíto y que me cuénta múchas histórias, tiéne la costúmbre pára hacér grándes amígos el enviárles regálos a través de ótros amígos y así conóce múchas persónas y élla es úna mujér muy feliz e interesánte.

Como quiére encontrár amígos más allá de la isla, pára éllo prepára cócos con pequeños regálos, los arrója al mar esperándo que álguien los recója y vénga a visitárla, péro éso núnca ha ocurrido. Túve la idéa de llevárselo yo y traér algún amígo pára

que la visitára y conociéra, y así, tal vez me lo agradeciéra y pensára que podría querérme.

Cogí mi bóte de péscas con véla, algo de comída y águas y me arrojé al mar recogiendo por el camino uno de sus cócos. Vários días después, los aliméntos se habían acabádo y no había visto náda. Retorné al comprendér que no podría lograrlo con un bóte tan pequeño y tan poca comída.

Dediqué mucho tiempo ánte el asómbro de mis compañeros a construir un bóte mucho más grande en donde deposité mucha comída y águas. Volví a partir sin explicár los motivos. No sabía a dónde iba, sólo sabía que tenía que ir hácia donde el sol salía, y que por fortuna las maréas me llevaban. El mismo cóco me acompañaba.

El viáje fué muy, muy largo y túve mucha suerte, ya que no sólo las corrientes me ayudaron, sino constantes tormentas que casi destrózan el bóte, pero que me daban águas y cuando la comída se acababa, pescaba.

Algúna vez vi algún barco muy a lo lejos, pero nunca me vieron.

Al final caí enfermo y desperté en donde me encontró Carlos.

— ¿Siempre seguiste el camino del sol naciente?

—Siempre

—Bien, esto confirma lo que durante meses Carlos y yo hemos pensado, que no vienes de África, sino de Asia, y has hecho uno de los viajes más increíbles jamás realizados.

Carlos, a quien conocí hace años cuando navegábamos en un barco juntos, antes de que él se retirara a este pueblo donde ha nacido, había recorrido todo el África y nunca había visto a nadie de tu apariencia física, ni que hiciera tus gestos, ni maneras de hacer las cosas, y por supuesto de tu lengua.

Él me ha escuchado muchas veces comentar unas ideas que tengo sobre cómo llegar a Asia y decidió informarme ya que se enteró que yo no estaba muy lejos. Fue durante esos días en que no estuvo trabajando, cuando vino a visitarme.

Te tiéne múcho aprécio, le has ayudádo múcho, su familia te quiére y el púeblo está muy conténto contigo por lo amáble que éres con los póbres a quienes les das páрте de tu trabájo, y a pesár de éso, él quiére, si tú lo deséas, que puédas volvér a tu tiérra.

Te véngo a hacér úna proposición: estóy intentádo en ir a Ásia por el mismo camíno por el que tú viníste, me será difícil, ya que téngo que convencér a múcha génte, péro necesíto estár muy segúro de que éso es posible y tú me has dádo múcha tranquilidad, péro quisiérra estár más segúro ántes de dar el páso definitivo.

Quiérra proponérte que me déjes ver tu cóco, si él confírma lo que creémos, que tú éres de allí, y consígo ir a Ásia, te llevaría conmígo, pára que cúmplas tus dos deséos, el volvér y el llevár un amígo a visitár a tu amíga.

—Háce tiémpo que sé de vueéstro interés por el cóco y al princípío lo escondí pára que no me lo pudiéseis robár, péro después de tánto tiémpo tratándome bién, no créo que queráis quitármelo y además, con sinceridád ya no me importaría. Ya sabéis que désde que visité el púeblo de Cárlos y a

su familia, el cóco está sobre la mesa y bien visible. Lo podéis tomar.

—Para mí, tu cóco ha sido lo que más me ha quitado el sueño en mi vida, pero no somos ladrones y sabemos lo importante que es para tí, además no lo queremos para nosotros, sólo queremos ver su contenido, nos tiene muy intrigados.

Miré a Carlos que sonreía, entré en la cabina y volví con el cóco y un cuchillo.

Lo puse sobre un saco y con el cuchillo retiré la tapa que estaba sellada con cera de abejas.

Poca cosa había, pero al ver la mano de Colón lanzarse sobre los objetos, me preguntaba sobre cuál lo haría primero.

¿La pepita de oro?

¿Las semillas de maíz, nueces, maní o girasol?

¿La pequeña escultura de barro representando una mano?





Tocó priméro la figúra de bárro, algo muy ráro pára él... probába que ésto no venía de África, síno de algún sitio de los tántos desconocídos del Asia.

Tocó las semillas que confirmában lo anteriór: que yo venía de un sitio muy lejáno ya que él no las conocía.

Por último el óro, cósa muy conocida y que no probába náda, péro que justificaría el cóste y el interés del viáje.

Estába emocionádo, péro yo mirába a Cárlos que llorába al ver la emoción de Colón y de que sus idéas se confirmában.

Cárlos sugirió... péro ya pensádo que no éra úna muy buena idéa, la de plantár las semillas y ver qué producían.

—No, dijo colón, ésto sería la muerte de nuestro proyecto. La discusión geográfica pasaría a una larga discusión agrícola de la que yo no sé nada. Le quitaría toda la emoción.

Sabiendo de la existencia de estas cosas, muchos ya partirían hacia allí, mientras nosotros esperábamos ver qué es lo que crece y no te llevarían con ellos.

Cogió todo, lo volvió a poner dentro del coko, lo envolvió con el saco y me dijo.

Guárdalo bien escondido, nunca se sabe, esto puede valer una fortuna si llegamos a Asia.

Me voy, sigue practicando nuestra lengua, si puedes, apréndete a leer, os mantendré informados, pártome con una gran ilusión. Interésate por todo lo relacionado al mar, la geografía, recorre todo lo que puedas, sigo pensando que es mejor que sigas siendo el africano, si dices lo que sabemos, puedes tener muchos problemas. Pero eres libre de hacer lo que quieras. Cuando pártame te avisaré.

Y sí, recorrí grandes extensiones de tierra, de la tierra del pueblo de Carlos, aprendí todo el

vocabulario del amor, aprendí a escribir de la mano de Ana, su hija y sí, todo lo relacionado con el mar me seguía apasionando.

Cárlos murió, ¡cuánto le quise!, que bien se portó conmigo, ¡qué amigo! y yo me fui a vivir a su casa. Continué haciendo su trabajo con cariño e interés, tratando de olvidár que algún día él, **el viajero**, tal como había prometido volvería.

Y volvió y me dijo que lo tenía casi logrado, y que me necesitaba para probarlo, que me necesitaba a mí, y a mi cóco.

Le dije que no, que me había enamorado y que ya no quería partir.

Él ya debía saber algo, pero lo intentó, dijo que lo que iba a lograr era demasiado importante como para dejarlo pasar, que tendría que decir quién era yo, para poder partir.

—Sr. Colón, sé que usted no es así, ya que durante años lo ha probado a Cárlos y a mí, pero favor por favor, si usted no revela mi secreto, yo no revelaré el suyo.

— ¿Y cuál es mi secreto?

—Que usted no se lláma Colón ni es italiáno, que conoció a un italiáno que se llamába así, que fuéron buénos amígos de aventuras y que cuando murió a usted se le ocurrió la idéa de suplantár su personalidad ya que le conocía bién y usted hablába álgo de italiáno. Además pensó que el ser italiáno le daría más valór y categoría a su idéa.

— ¡Ay! cómo háblan las mujéres.

—Las mujéres no, los sueños. Cárlos le adorába, y hásta en sueños pensába en usted, en su idéa, y en los buénos moméntos que pasáron júntos, y que le conoció a usted como a Diégo Sánchez, nacido castelláno y no muy léjos de aquí y que un día júntos conociéron a un simpático italiáno.

Y hásta a su híjo lo ha llamádo Diégo, como usted.

Cárlos se llevó su secréto a la tumba. Péro como usted sábe, los sueños lo dícen todo.

Realícelos usted, que yo me quédo aquí.

Colón me abrazó y se fué.

Fuímos con Ána hásta el puérto, nos vió, bajó del bárco y nos saludó.

Le entregué el cóco: si lléga usted a mi tierra, no le será difícil encontrár a úna mujér que háce amígos enviándo cócos al mar.

Si la ve, dígale que la quíse múcho, y que grácias a élla he encontrádo úna buéna tierra y a mi amór y que le envió un buén amígo con quien conversár.

Le hará feliz el sabér que su cóco ha atravesádo el mar.

Me haría múcha ilusión que la encontrára, así sabría después de tántos años de dónde soy y de dónde véne y poder localizár ése sitio en algún mápa de paréd.

Si no la encuéntra, cuando vuélva, arróje usted el cóco al mar ótra vez.



* * *

FIN

Referencias:

"El Colón pensador". Daniel Vázquez Díaz.
Monasterio de Santa María de la Rábida.



World map of Henricus Martellus Germanus
(Heinrich Hammer)



Por Emílio Vilaró

**Éste documento está disponible en formato
.PDF, .ePUB y .MOBI en nuestra página Web:**

Mi blog literário.

<https://cosasdeemilio.wordpress.com>

Más de ciento veinte cuentos, relatos, ensayos, recetas y novelas en:

www.evilfoto.eu

Comentarios a:

buzon@evilfoto.eu



<https://www.facebook.com/emilio.vilarolucia>

Nóta del Autor:

—Ésta obra está tildáda, o sea: las palabras llévan la tilde (´), en el sitio en donde está el acénto.

Después de miles de lectúras de obras así escritas y leídas, podemos asegurár, que su lectúra es la normál, y al leér así, no hay ninguna diferéncia de pronunciación a la habitúal.

Si deséa sabér los motivos, ¿cómo se puéde tildár de fóрма automática? Y qué ventájas e inconveniéntes tiéne éste tildádo, puéde leér éste documénto:

http://www.evifoto.eu/pagina_cuentos/cuentos_21.htm

Modificaciones a 1215w:

2014-12-27, 2014-12-31, 2015-09-01,

2018-03-10, 2019-07-17